

DOMINGO POR LA COMUNIÓN 2022

“UNIDOS, DIVERSOS”.

Domingo 2 de octubre de 2022, XXVII del TIEMPO ORDINARIO. Ciclo C.

MONICIÓN DE ENTRADA

En el Domingo Diocesano por la Comunión estamos llamados a reconocer que la Iglesia es misterio de comunión. El lema de este año es “Unidos, diversos”. Como nos dice nuestro Cardenal Arzobispo, “la unidad en la iglesia que va caminando sinodalmente, no se realiza en la uniformidad, que tiende a anular las diferencias, sino justamente al contrario, construyendo la comunión entre diversas maneras de percibir los problemas y las soluciones, respetando los diversos ritmos, las distintas sensibilidades eclesiales y personales, pero íntimamente unidos en lo esencial: el amor de Dios que posibilita que digan de nosotros “Mirad cómo se aman” (Tertuliano, Apologético).

Vivir el misterio de la Iglesia como Iglesia comunión, creer que es posible la unidad en la diversidad, y promover y actuar en sinodalidad, no es tarea fácil, pero como nos dice hoy el Señor en el Evangelio que vamos a proclamar, estamos llamados a pedirle que nos aumente la fe, así como a decir tras nuestro empeño: “siervos inútiles somos, hemos hecho lo que teníamos que hacer” (Lc. 17, 10).

ORACIÓN COLECTA a elegir:

Del domingo XXVII del Tiempo Ordinario	De la misa para fomentar la concordia
<p>Dios, todopoderoso y eterno, que desbordas con la abundancia de tu amor los méritos y deseos de los que te suplican, derrama sobre nosotros tu misericordia, para que perdones lo que pesa en la conciencia y nos concedas aquello que la oración no menciona. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, Que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos</p>	<p>Oh, Dios, suprema unidad y verdadera caridad, concede a tus fieles un solo corazón y una sola alma, para que el cuerpo de tu Iglesia se fortalezca en la concordia y, cimentada en la verdad, se consolide en la unidad estable. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, Que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.</p>

PRIMERA LECTURA

Gn 2, 18-24

Serán los dos una sola carne

Lectura de la profecía de Habacuc (1,2-3;2,2-4):

¿Hasta cuándo, Señor,

pediré auxilio sin que me oigas,
te gritaré: ¡Violencia!,
sin que me salves?
¿Por qué me haces ver crímenes
y contemplar opresiones?
¿Por qué pones ante mí
destrucción y violencia,
y surgen disputas
y se alzan contiendas?
Me respondió el Señor:
Escribe la visión y grábala
en tablillas, que se lea de corrido;
pues la visión tiene un plazo,
pero llegará a su término sin defraudar.
Si se atrasa, espera en ella,
pues llegará y no tardará.
Mira, el altanero no triunfará;
pero el justo por su fe vivirá.

Palabra de Dios.

Salmo responsorial (Sal 94,1-2.6-7.8-9)

R/. Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor: «No endurezcáis vuestro corazón».

V/. Venid, aclamemos al Señor,
demostrémosle a la Roca que nos salva;
entremos a su presencia dándole gracias,
aclamándolo con cantos. R/.

V/. Entrad, postrémonos por tierra,
bendiciendo al Señor, creador nuestro.
Porque él es nuestro Dios,
y nosotros su pueblo,
el rebaño que él guía. R/.

V/. Ojalá escuchéis hoy su voz:
«No endurezcáis el corazón como en Meribá,
como el día de Masa en el desierto;
cuando vuestros padres me pusieron a prueba y me tentaron,
aunque habían visto mis obras». R/.

SEGUNDA LECTURA

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo (1,6-8.13-14):

Querido hermano:

Te recuerdo que reavives el don de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos, pues Dios no nos ha dado un espíritu de cobardía, sino de fortaleza, de amor y de templanza. Así pues, no te avergüences del testimonio de nuestro

Señor ni de mí, su prisionero; antes bien, toma parte en los padecimientos por el Evangelio, según la fuerza de Dios.

Ten por modelo las palabras sanas que has oído de mí en la fe y el amor que tienen su fundamento en Cristo Jesús. Vela por el precioso depósito con la ayuda del Espíritu Santo que habita en nosotros.

Palabra de Dios.

Aleluya

Cf. Jn 15, 16

R/. Aleluya, aleluya, aleluya.

V/. Si nos amamos unos a otros,
Dios permanece en nosotros
Y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud. **R/.**

EVANGELIO

Lectura del santo evangelio según san Lucas (17,5-10):

En aquel tiempo, los apóstoles le dijeron al Señor:

«Auméntanos la fe».

El Señor dijo:

«Si tuvierais fe como un granito de mostaza, diríais a esa morera:

“Arráncate de raíz y plántate en el mar», y os obedecería.

¿Quién de vosotros, si tiene un criado labrando o pastoreando, le dice cuando vuelve del campo: “Enseguida, ven y ponte a la mesa”?

¿No le diréis más bien: “Prepárame de cenar, cíñete y sírveme mientras como y bebo, y después comerás y beberás tú”?

¿Acaso tenéis que estar agradecidos al criado porque ha hecho lo mandado?

Lo mismo vosotros: cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: “Somos siervos inútiles, hemos hecho lo que teníamos que hacer”».

Palabra del Señor.

PROPUESTA DE IDEAS PARA LA HOMILÍA

1.- Si la unidad fuese un mero valor humano, y si dependiese sólo de nuestras fuerzas y de nuestra voluntad, terminaríamos por aspirar a una unidad mediocre, pero fácil de conseguir, tanto en nuestras familias, como en la sociedad, como en la Iglesia, una unidad que a la postre sería uniformidad, y por tanto una unidad falsa porque si descarta la pluralidad, no uniría en realidad a las personas, que necesariamente somos diversas.

2.- Pero la unidad, la verdadera unidad, la unidad en la diversidad, no es un mero valor, sino una gracia que viene de lo alto, un don de Dios. Es más, en realidad, la verdadera comunión, misterio de unidad en la diversidad, es Dios mismo, en su misterio Trinitario: un único Dios en la diversidad de las tres personas divinas. Este misterio de Dios, manifestado en Cristo Jesús, se nos ha revelado y, como misterio de amor, también se nos ha regalado, para que

acogiéndolo en el misterio de la Iglesia, podamos vivir la comunión, como imagen y testimonio ante el mundo de Dios que es amor, comunión trinitaria.

3.- Así, estamos llamados a acoger este don y a testimoniarlo, en todos y cada uno de los espacios donde nos relacionamos y compartimos nuestra vida con los otros (de amistad, de trabajo, de corresponsabilidad cívica, etc...). De entre todos ellos el más importante es la Iglesia, sacramento de unidad del género humano, que Cristo mismo nos dejó como signo y seña de su seguimiento: “en esto reconocerán que sois discípulos míos, en el amor que os tengáis los unos a los otros” (Jn 13, 35); y como su más profundo e incomparable anhelo: “Padre, que todos sean uno, como tú y yo somos uno, para que el mundo crea” (Jn 17, 21).

4.- Y como don que nos viene de Dios, nuestra única manera de acogerlo es desde la fe. Por eso, cuando como cristianos nos sentimos necesitados de la fe, de ser agradados con la fe, y de ser fortalecidos en la fe, pedimos, como aquellos primeros discípulos del Evangelio que hoy hemos proclamado: “Señor, auméntanos la fe” (Lc. 17, 5).

5.- Al celebrar hoy en Madrid el domingo por la comunión eclesial, tomamos conciencia de que, como el Señor nos enseña, la verdadera comunión es la que se realiza en la pluralidad de carismas, de acentos, de iniciativas, de experiencias, de estilos personales, comunitarios y pastorales, porque como se nos ha propuesto como lema de esta jornada, somos Unidos y diversos a la vez. Y no puede haber mejor manera de emprender un nuevo curso pastoral, con todos sus grupos y actividades, qué bajo la roca firme de esta comunión, unidad en la pluralidad, para poder realizar la misión evangelizadora que Dios quiere, que es de todos, entre todos, con todos, y para todos.

6.- El Señor nos dice en el Evangelio de hoy que la única respuesta del discípulo cuando conoce la voluntad de Dios y fielmente la realiza consiste, en su humildad, en decir: “siervos inútiles somos, hemos hecho lo que teníamos que hacer” (Lc. 17, 10). Que al trabajar todos juntos, como iglesia, por la unidad en la diversidad, que al caminar juntos, sin dejar a nadie fuera de esta comunión, como Iglesia sinodal, podamos también nosotros decir “siervos inútiles somos, hemos hecho lo que teníamos que hacer”.

CREDO

ORACIÓN DE LOS FIELES

Oremos a Dios Padre, en el nombre de Jesús, de quien procede toda comunión:

— Por la Iglesia y por todos los que aman y ofrecen sus manos y sus corazones a la justicia y a la construcción de la paz. Para que el Señor nos guíe con su Espíritu mientras peregrinamos por los caminos del mundo, y así seamos signo de comunión y unidad contigo. Roguemos al Señor.

— Por todo el pueblo de Dios. Para que florezca la comunión en medio de nuestra diversidad. Que nuestra concordia derrote la soledad, que nuestro amor acorte toda distancia, y que nuestra fraternidad venza la indiferencia. Que nuestra unidad nos abra a la misericordia para que los pobres, los hambrientos, los que viven en soledad, afligidos o enfermos, puedan gustar los frutos de tu amor. Roguemos al Señor.

— Por el Papa Francisco, por nuestro obispo Carlos y por los demás obispos, presbíteros y diáconos, para que sean, con el Pueblo de Dios que pastorean, artífices de sinodalidad. Para que el Señor los proteja e ilumine y haga de la Iglesia una casa acogedora, lugar de comunión fraterna para todos, que sepa indicar el bien común en medio de una sociedad enferma de individualismos, y que avance en sinodalidad. Roguemos al Señor.

— Por la paz en el mundo. Para que, unidos en comunión profunda todos los pueblos se reconcilien en el perdón y se alejen de la tierra las sombras de muerte. Roguemos al Señor.

— Por nuestra comunidad (parroquial). Para que el Señor Jesús, luz que ilumina las tinieblas, la mantenga unida en el vínculo de su amor y en la escucha de su Palabra. Que sepa ir a la Galilea de los gentiles para comunicar a todos su Evangelio de conversión y salvación, mostrando al mundo el rostro de Dios que es comunión y amor. Roguemos al Señor.

Padre bueno, escucha nuestras oraciones
y concédenos perseverar unidos
en la verdadera fe y en el bien obrar.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS a elegir:

Del domingo XXVII del Tiempo Ordinario	De la misa para fomentar la concordia
A cepta, Señor, el sacrificio establecido por ti y, por estos santos misterios que celebramos en razón de nuestro ministerio, perfecciona en nosotros como conviene la obra santificadora de tu redención. Por Jesucristo, nuestro Señor.	O h, Dios, que con tus sacramentos y enseñanzas nos renuevas a semejanza tuya, conduce nuestros pasos por tus sendas y haz que, por este sacrificio, alcancemos el don de la caridad que nos has hecho esperar. Por Jesucristo, nuestro Señor.

PLEGARIA EUCARÍSTICA

La Iglesia, en camino hacia la unidad

VI. El Señor esté con vosotros.

VI. Levantemos el corazón.

VI. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

En verdad es justo y necesario darte gracias
y cantarte un himno de gloria y de alabanza,
Señor, Padre de infinita bondad.
Porque has reunido
por medio del Evangelio de tu Hijo
a hombres de todo pueblo, lengua y nación,
en una única Iglesia,
y por ella, vivificada por la fuerza de tu Espíritu,
no dejas de congregar a todos los hombres en la unidad.
Ella manifiesta la alianza de tu amor,
ofrece incesantemente la gozosa esperanza del reino,
y resplandece como signo de tu fidelidad
que nos prometiste para siempre
en Jesucristo, Señor nuestro.

Por eso, con todas las potestades del cielo
y con toda la Iglesia,
te aclamamos en la tierra sin cesar,
diciendo a una sola voz:

Santo, Santo, Santo es el Señor,
Dios del universo.
Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria.
Hosanna en el cielo.
Bendito el que viene en nombre del Señor.
Hosanna en el cielo.

El sacerdote, con las manos extendidas, dice:

Santo eres en verdad y digno de gloria,
Dios que amas a los hombres,
que siempre estás con ellos en el camino de la vida.

Bendito es, en verdad, tu Hijo,
que está presente en medio de nosotros,
cuando somos congregados por su amor,
y como hizo en otro tiempo con sus discípulos,
nos explica las Escrituras y parte para nosotros el pan.

Junta las manos y, manteniéndolas extendidas sobre las ofrendas, dice:

Por eso te rogamos, Padre misericordioso,
que envíes tu Espíritu Santo
para que santifique estos dones de pan y vino,

Junta las manos y traza el signo de la cruz sobre el pan y el cáliz conjuntamente, diciendo:

de manera que se conviertan para nosotros en el Cuerpo y + la Sangre

Junta las manos.

de Jesucristo, nuestro Señor.

En las fórmulas que siguen, las palabras del Señor deben pronunciarse claramente y con precisión, como lo requiere la naturaleza de las mismas palabras.

El cual,
la víspera de su pasión,
en la noche de la última cena,

Toma el pan y, sosteniéndolo un poco elevado sobre el altar, prosigue:

tomó pan, te bendijo,
lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo:

Se inclina un poco.

TOMAD Y COMED TODOS DE ÉL,
PORQUE ESTO ES MI CUERPO,
QUE SERÁ ENTREGADO POR VOSOTROS.

Muestra el pan consagrado al pueblo, lo deposita luego sobre la patena y lo adora, haciendo genuflexión.

Después prosigue:

Del mismo modo, acabada la cena,

Toma el cáliz y, sosteniéndolo un poco elevado sobre el altar, prosigue:
tomó el cáliz, te dio gracias y lo pasó a sus discípulos, diciendo:

Se inclina un poco.

TOMAD Y BEBED TODOS DE ÉL,
PORQUE ESTE ES EL CÁLIZ DE MI SANGRE,
SANGRE DE LA ALIANZA NUEVA Y ETERNA
QUE SERÁ DERRAMADA
POR VOSOTROS Y POR MUCHOS
PARA EL PERDÓN DE LOS PECADOS.
HACED ESTO EN CONMEMORACIÓN MÍA.

Muestra el cáliz al pueblo, lo deposita sobre el corporal y lo adora, haciendo genuflexión.

Luego dice una de las siguientes fórmulas:

Éste es el Misterio de la fe.

O bien:

Éste es el Sacramento de nuestra fe.

Y el pueblo prosigue, aclamando:

Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!

O bien:

Aclamemos el Misterio de la fe.

Y el pueblo prosigue, aclamando:

Cada vez que comemos de este pan y bebemos de este cáliz, anunciamos tu muerte, Señor, hasta que vuelvas.

O bien:

Proclamemos el Misterio de la fe.

Y el pueblo prosigue, aclamando:

Sálvanos, Salvador del mundo, que nos has liberado por tu cruz y resurrección.

Después el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

Por eso, Padre santo,
al celebrar el memorial de Cristo, tu Hijo,
nuestro Salvador,
al que condujiste por su pasión y muerte en cruz
a la gloria de la resurrección,
y lo sentaste a tu derecha,
anunciamos la obra de tu amor hasta que él venga,
y te ofrecemos el pan de vida y el cáliz de bendición.

Mira con bondad la ofrenda de tu Iglesia,
en la que se hace presente
el sacrificio pascual de Cristo,
que se nos ha confiado,
y concédenos, por la fuerza del Espíritu de tu amor,
ser contados ahora y por siempre
entre el número de los miembros de tu Hijo,

cuyo Cuerpo y Sangre comulgamos.

El concelebrante primero puede decir:

Renueva, Señor, a tu Iglesia que está en Madrid,
con la luz del Evangelio.
Consolida el vínculo de unidad
entre los fieles y los pastores de tu pueblo,
con nuestro papa **N.**, nuestro obispo **N.**,

Aquí se puede hacer mención de los obispos auxiliares: y sus obispos auxiliares.

y todo el orden episcopal,
para que tu pueblo brille,
en este mundo dividido por las discordias,
como signo profético de unidad y de paz.

El concelebrante segundo puede decir:

Acuérdate de nuestros hermanos [**N.** y **N.**],
que se durmieron en la paz de Cristo
y de todos los difuntos,
cuya fe solo tú conociste:
admítelos a contemplar la luz de tu rostro
y dales la plenitud de la vida en la resurrección.

Y, terminada nuestra peregrinación por este mundo, concédenos, también,
llegar a la morada eterna
donde viviremos siempre contigo
y con santa María, la Virgen Madre de Dios,
con los apóstoles y los mártires,
[con san **N.**: **santo del día o patrono**],
y, en comunión con todos los santos,
te alabaremos y te glorificaremos

Junta las manos.

Por Jesucristo, Señor nuestro.

Toma la patena con el pan consagrado, y el cáliz y, sosteniéndolos elevados, dice:

Por Cristo, con él y en él,
a ti, Dios Padre omnipotente,
en la unidad del Espíritu Santo,
todo honor y toda gloria
por los siglos de los siglos.

El pueblo aclama:

Amén.

ORACIÓN DESPUES DE LA COMUNIÓN a elegir:

Del domingo XXVII del Tiempo Ordinario	De la misa para fomentar la concordia
<p>Concédenos, Dios todopoderoso, Que nos alimentemos y saciemos en los sacramentos recibidos, Hasta que nos transformemos en lo que hemos tomado. Por Jesucristo, nuestro Señor.</p>	<p>Después de recibir el sacramento de la unidad te pedimos, Señor, que, viviendo en santa concordia en tu casa, poseamos verdaderamente la paz que ofrecemos y conservemos la paz que recibimos. Por Jesucristo, nuestro Señor.</p>